

CAPÍTULO XI.

DONDE SE PRINCIPIA Á VER LAS COSAS BAJO LA MÁSCARA.

Las largas conversaciones son privilegio exclusivo de las personas que no tienen ya nada que decirse. Después de la dicha de callarse ó de desear por medio de interjecciones, la mayor es sin disputa el de hablar mucho sin frases.

Dos horas después de la despedida de su coche, el cardenal y la condesa se hallaban en el punto que decimos. La condesa había cedido, el cardenal había vencido, y sin embargo el cardenal era el esclavo, y la condesa el triunfador.

Dos hombres se engañan dándose la mano; un hombre y una mujer se engañan en un beso.

Pero en esta ocasión ninguno engañaba al otro, sino porque el otro quería ser engañado.

Cada uno se proponía un fin, y para lograrlo era necesaria la intimidad. De consiguiente ambos habían alcanzado su fin.

Así el cardenal no se tomó el trabajo de disimular su impaciencia, se contentó con hacer un pequeño rodeo, y

anudando la conversación sobre Versalles y la ventura que allí aguardaba á la nueva favorita de la reina, dijo:

— Es generosa, y si nada le parece mucho para las personas á quienes ama, tiene el raro talento de dar un poco á muchos y de dar mucho á pocos.

— ¿Conque la creéis rica? preguntó madama de La Motte

— Sabe procurarse recursos con una sola palabra, con un gesto ó una sonrisa. Jamás ministro alguno, excepto quizás Turgot, ha tenido bastante valor para rehusar á la reina lo que ella le pedía.

— Pues bien, dijo madama de La Motte, yo la veo menos rica de lo que vos la suponéis. ¡Pobre reina! ó más bien ¡pobre mujer!

— ¿Cómo es eso?

— ¿Es rico quien tiene que imponerse privaciones?

— ¡Privaciones! Contadme eso, querida condesa.

— ¡Dios mío! os diré lo que he presenciado, ni más ni menos.

— Decid, decid, ya os escucho.

— Figuraos dos espantosos suplicios que esa desventurada reina ha soportado.

— ¡Dos suplicios! ¿cuáles? veamos.

— ¿Sabéis lo que es un deseo de mujer, mi querido príncipe?

— No, pero desearía que me lo explicaseis, condesa.

— Pues bien; la reina abriga un deseo que no puede satisfacer.

— ¿De quién?

— ¿No digáis de quién, sino de qué?

— Pues bien; ¿de qué?

— De un collar de diamantes.

— ¡Aguardad, aguardad! ya caigo. ¿No habláis de los diamantes de Bøhmer y Bossange?

— Precisamente.

— ¡Oh! es un cuento viejo, condesa.

— Viejo ó nuevo, decidme si no es una verdadera desesperación para una reina el no poder poseer lo que una favorita ha estado á punto de poseer. Con quince días más que hubiese vivido Luis XV, Juana Vaubernier tendríá lo que María Antonieta no puede tener.

— Y bien, querida condesa; os engañáis en eso, pues la reina ha podido tener cinco ó seis veces esos diamantes, y siempre los ha rehusado.

— ¡Oh!

— Cuando yo os lo digo, es que es cierto; el rey se los ha ofrecido, y ella los ha rehusado de la misma mano del rey
Y el cardenal contó la historia del navío.

Juana escuchaba con avidez, y cuando el cardenal concluyó, dijo:

— Pues bien, ¿y qué?

— ¿Cómo y qué?

— Sí, ¿qué prueba eso?

— Me parece que prueba claramente que ella no los ha querido.

Juana se encogió de hombros, y dijo:

— ¡Vos conocéis las mujeres, conocéis la corte y los reyes, y respondéis de ese modo!

— ¡Diantre! No hago más que comprobar la repulsa de la reina.

— Querido príncipe, eso prueba una cosa, y es que la reina ha tenido necesidad de expresar un dicho brillante, un dicho popular, y que lo ha expresado.

— ¡Bueno! dijo el cardenal. ¡Vaya un modo que tenéis de creer en las virtudes reales! ¡Qué escéptica sois! Veo que al lado vuestro Santo Tomás era un creyente.

— Escéptica ó creyente, os afirmo una cosa.

— ¿Cuál?

— Que no bien la reina ha rehusado el collar, la ha acometido un deseo loco de poseerlo.

— Vos os forjáis esos juicios, querida mía, y primeramente debéis persuadirlos de una cosa, á saber, que en medio de todos sus defectos la reina tiene una cualidad de un precio inmenso.

— ¿Qué cualidad?

— La de ser desinteresada. No tiene pasión por el oro, ni por las piedras preciosas; pesa los minerales en su justo valor, y para ella tiene tanto mérito una flor puesta en su prendido, como un diamante en su oreja.

— Yo no diré que no. Sólo que en este momento sostengo que tiene grandes deseos de ponerse muchos diamantes al cuello.

— ¡Oh! condesa, probadlo.

— Nada me será más fácil, pues hace muy poco que he visto el collar

— ¿Vos?

— Yo; y no solo lo he visto sino que lo he tocado.

— ¿Y en dónde lo habéis tocado?

— ¿En dónde había de ser? En Versalles.

— ¿En Versalles?

— Sí, en Versalles, donde lo llevaban los joyeros para ver de tentar á la reina por última vez.

— ¿Y es hermoso?

— Es una maravilla.

— Entonces vos, como verdadera mujer, ¿comprendéis que se piensa en ese collar?

— Comprendo que haga perder el sueño y el apetito.

— ¡Ay! cuánto quisiera tener un navío para dárselo al rey!

— ¿Un navío?

— Sí; porque entonces él me daría el collar, y una vez le tuviese yo, podríais dormir y comer tranquila.

— Os estáis burlando.

— Os juro que no.

— Pues bien; voy á deciros una cosa que os pasmará mucho.

— Decid.

— Yo no querría ese collar.

— Tanto mejor condesa, porque yo no podría regalároslo.

— ¡Ay! ni vos, ni nadie; eso es precisamente lo que conoce la reina y por eso lo desea tanto.

— Pero os repito que el rey se lo ha ofrecido.

Juana hizo un movimiento rápido y casi importuno, y exclamó:

— Y yo os digo que las mujeres aman con especialidad esos regalos cuando no son hechos por personas que las fuerzan á aceptarlos.

El cardenal miró á Juana con más atención.

— No comprendo bien, dijo.

— Tanto mejor; dejemos esta conversación. ¿Qué tenéis que ver con ese collar si no podemos tenerlo?

— ¡Oh! si yo fuese el rey y vos la reina, yo sabría forzaros á admitirlo.

— Pues bien; sin ser el rey, forzad á la reina á tomarlo, y veréis si se incomoda tanto como creéis con esa violencia.

El cardenal volvió á fijar la vista en Juana, y dijo:

— ¿Estáis verdaderamente segura de no equivocaros? ¿tiene la reina ese deseo?

— Deseo que la devora. Escuchad, querido príncipe, ¿no me habéis dicho una vez, ó no he oído yo decir que no os disgustaría el ser ministro?

— Muy posible es que yo lo haya dicho, condesa.

— Pues bien; mi querido príncipe, apostemos...

— ¿A qué?

— Á que la reina es capaz de hacer ministro al hombre que supiese arreglarse de manera que ese collar se hallase sobre su tocador dentro de ocho días.

— ¡Oh, condesa!...

— Lo dicho dicho... ¿preferís que guarde en mis adentros lo que pienso?

— ¡Oh! ¡amás.

— Por otra parte, lo que estoy diciendo no os concierne, pues es evidente que no iríais á gastar millón y medio en un capricho real. Eso sería pagar demasiado cara una cartera que debéis obtener de balde y que se os debe de justicia. Así, tomad todo lo que he dicho por una pura charla. Yo soy como os papagayos, me he deslumbrado con el sol, y ahora no ceso de repetir que hace calor. ¡Ah! monseñor, ¡un día de favor es una prueba cruel para una lugareña! Para mirar de frente á esos rayos, es preciso ser águila como vos.

El cardenal se quedó pensativo.

— Vamós, dijo Juana, veo que juzgáis tan mal, que me halláis tan vulgar y miserable que ni siquiera os dignáis ya hablarme.

— ¡Qué disparate!

— ¡ La reina juzgada por mí !...

— ¡ Condesa !...

— ¿ Qué queréis ? Se me ha figurado que la reina deseaba los diamantes, porque al verlos ha suspirado, y porque yo en su lugar los habría deseado también ; perdonad mi debilidad.

— Sois una mujer adorable, condesa ; por una alianza increíble, tenéis la debilidad del corazón, como decís, y la fuerza del espíritu : en ciertos momentos tenéis tan poco de mujer que me asusto, y en otros sois mujer tan adorablemente, que bendigo al cielo y os bendigo á vos.

Y el galante cardenal terminó esta flor con un beso ; luego añadió :

— Vamos, no hablemos más de todas esas cosas.

— No hablemos, murmuró Juana en voz baja, pero creo que se ha clavado el anzuelo.

El cardenal, aunque había dicho que no se hablase más de ello, repuso :

— ¿ Y creéis que es Bøhmer quien ha vuelto á la carga ?

— Sí, Bøhmer con Bossange, respondió con tono inocente madama de La Motte.

— Bossange... ¡ aguardad ! dijo el cardenal como tratando de recordar este nombre, Bossange ¿ no es su socio ?

— Sí, un hombre alto y seco.

— Eso es.

— ¿ Que vive ?...

— Debe vivir en alguna parte así como en el muelle del Hierro Viejo, ó bien de la Escuela, pues no me acuerdo bien ; pero en todo caso debe vivir en las inmediaciones del Puente Nuevo.

— Del Puente Nuevo, tenéis razón ; he leído ese nombre sobre una puerta al pasar por allí en mi carroza.

— ¡ Vamos, vamos ! murmuró Juana, el pez muere el cebo cada vez más.

Juana tenía razón, pues el pez se había tragado ya todo el anzuelo.

Así, á la mañana siguiente, cuando el cardenal salió de la casita del arrabal de San Antonio mandó que le condujeran en derecha á la casa de Bøhmer.

Pensaba guardar el incógnito, pero como Bøhmer y Bossange eran los joyeros de la corte, á las primeras palabras que pronunció le dieron el tratamiento de Monseñor.

— Pues bien, sí, soy monseñor, dijo el cardenal ; pero supuesto que me reconocéis, tratad á lo menos de que los demás no me reconozcan.

— Monseñor puede perder cuidado, estamos á las órdenes de monseñor.

— Vengo á comprar ese collar de diamantes que habéis mostrado á la reina.

— Lo sentimos en el alma, pero monseñor llegó demasiado tarde.

— ¿ Por qué ?

— Porque está vendido.

— Es imposible, porque ayer habéis ido á ofrecerlo á S. M.

— Quien ha vuelto á rehusarlo, monseñor ; y ese es el motivo porque subsiste el primer contrato.

— ¿ Y con quién se ha hecho ese contrato ? preguntó el cardenal.

— Eso es un secreto, monseñor.

— Basta ya de secretos, señor Bøhmer.

Y el cardenal se levantó.

— Pero, monseñor...

— Yo creía, prosiguió el cardenal, que un joyero de la corona de Francia debía hallarse contento con vender en Francia esas hermosas piedras : pero veo que preferís el Portugal ; haced lo que gustéis, señor Bøhmer.

— ¡ Monseñor lo sabe todo ! exclamó el joyero.

— ¿ Y qué ? ¿ qué halláis de extraño en eso ?

— Pero si monseñor lo sabe todo, ¡ sólo puede saberlo por la reina !

— ¿ Y aun cuando así fuese ? dijo el cardenal sin rechazar esa suposición que lisonjeaba su amor propio.

— ¡ Oh ! es que eso cambiaría mucho las cosas, monseñor.

— Explicaos, porque no comprendo.

— ¿ Me permite monseñor que le hable francamente ?

— Hablad.

— Pues bien ; la reina tiene ganas de nuestro collar.

— ¿ Lo creéis así ?

— Estamos seguros.

— ¡ Ah ! y entonces ¿ por qué nó lo compra ?

— Porque lo ha rehusado al rey, y el cambiar esa resolución que tantos elogios ha valido á S. M., sería mostrarse caprichosa.

— La reina es superior á lo que se dice.

— Sí, cuando es el pueblo el que habla, y cuando son los cortesanos ; pero cuando es el rey quien habla...

— Bien sabéis que el rey ha querido regalar ese collar á la reina.

— Sin duda, pero se ha apresurado á dar gracias á la reina cuando ella lo ha rehusado.

— ¿ Y qué deduce de eso el señor Bøhmer ?

— Que la reina desearía mucho tener el collar sin parecer que lo compraba.

— Pues bien, os equivocáis, dijo el cardenal, pues no se trata de eso.

— Es desagradable, monseñor, porque habría sido la única razón decisiva para nosotros para faltar á la palabra dada al señor embajador de Portugal.

El cardenal reflexionó.

Por fuerte que sea la diplomacia de los diplomáticos, la de los comerciantes es siempre superior... Primeramente, el diplomático negocia siempre valores que no tiene ; el comerciante tiene y aprieta en sus garras el objeto que excita la curiosidad ; el comprárselo, el pagárselo caro, es casi despojarlo.

Viendo el cardenal de Rohán que se hallaba en poder de aquel hombre, dijo :

— Señor... suponed si gustáis que la reina tiene deseos de vuestro collar.

— Eso lo cambia todo, monseñor ; pues en tratándose de dar la preferencia á la reina, puedo rescindir todos los contratos.

— ¿ En cuánto vendéis ese collar ?

— En un millón y medio de libras.

— ¿ Y en qué términos organizáis el pago ?

— El Portugal me pagaba una suma de presente, y yo mismo debía llevar el collar á Lisboa, donde acabarían de pagarme á la vista.

— Ese modo de pagar no es practicable con nosotros, señor Bøhmer ; una suma de presente la tendréis, si es razonable.

— Son cien mil libras.

— Se pueden hallar. ¿ Y lo restante ?

— ¿ Vuestra Eminencia querría plazos ? dijo Bøhmer.

Con la garantía de Vuestra Eminencia todo se puede arreglar, sólo que el retardo implica una pérdida, porque, monseñor, debéis observar que en un negocio de esta importancia, los guarismos crecen por sí mismos, con razón. Los réditos de millón y medio de libras, á cinco por ciento, hacen setenta y cinco mil, y el cinco por ciento es una ruina para los comerciantes. Á lo sumo no se puede aceptar sino el diez por ciento.

— Según vuestro cálculo, los réditos importarian ciento cincuenta mil libras.

— Sí, monseñor.

— Supongamos que vendéis el collar en un millón seiscientas mil libras, señor Bœhmer, y dividid el pago del millón y medio que resta en tres plazos que venzan en un año. ¿Os conviene?

— Monseñor, en ese trato perdemos cincuenta mil libras.

— No lo creo así. Si tuviérais que cobrar mañana millón y medio de libras, os veríais embarazado, porque un joyero no compra una finca de ese precio.

— Somos dos, monseñor; mi socio y yo.

— Convengo en ello, pero eso nada importa, pues os será mucho más cómodo el cobrar quinientas mil libras cada trimestre, es decir, doscientas cincuenta mil cada uno.

— Monseñor olvida que estos diamantes no nos pertenecen. ¡Oh! si nos perteneciesen, seríamos bastante ricos para no inquietarnos del pago, ni de su colocación cuando éste se verificase.

— Entonces ¿á quién pertenecen?

— Puede que hayamos comprado á diez personas al pormenor; y estamos debiendo los unos en Hamburgo,

otros en Nápoles, otros en Buenos Aires, otros en Moscow. Nuestros acreedores aguardan la venta del collar para que se les pague, y nuestra única propiedad será la ganancia que nos quede. Pero ¡ay! monseñor, desde que está de venta este desdichado collar, es decir, de diez años acá, hemos perdido ya doscientas mil libras de réditos. Juzgad si ganaremos.

El cardenal de Rohán interrumpió á Bœhmer diciéndole:

— Al cabo de todo esto, aún no he visto el collar.

— Verdad es, monseñor; vedlo aquí.

Y Bœhmer exhibió la preciosa joya con todas las precauciones de costumbre.

— ¡Soberbio! exclamó el cardenal tocando con amor los broches que habían debido imprimirse sobre el cuello de la reina.

Cuando acabó y después que con sus dedos había buscado hasta la saciedad sobre las piedras los esfluvios simpáticos que podían haberle quedado adheridos, dijo:

— ¿Queda cerrado el trato?

— Sí, monseñor; y voy ahora mismo á la embajada á desdecirme.

— No creía que hubiese en este momento embajador de Portugal en París.

— Lo hay en efecto, monseñor: pues se halla en ella en este momento el señor de Souza, que ha venido de incógnito.

— ¿Para hacer esa compra? preguntó el cardenal riendo.

— Sí, monseñor.

— ¡Oh! ¡pobre Souza! le conozco mucho... ¡pobre Souza!

Y redobló su hilaridad.

Bøhmer creyó debía asociarse á la alegría de su cliente, y se divertieron largo rato á expensas del Portugal.

El cardenal iba á marchar, pero le detuvo Bøhmer diciéndole :

— ¿ Gusta monseñor de decirme cómo hemos de arreglar el negocio ?

— Muy sencillamente.

— ¿ Con el mayordomo de monseñor ?

— No, con nadie más que conmigo ; no tenéis que entenderos con ninguno más que conmigo.

— ¿ Y cuándo ?

— Desde mañana.

— ¿ Las cien mil libras ?

— Las traeré yo aquí mañana.

— Bien está, monseñor.

— ¿ Y las cartas de pago ?

— Las firmaré aquí mañana.

— Corriente, monseñor.

— Y supuesto que sois un hombre capaz de guardar secreto, señor Bøhmer, no olvidéis que sois dueño de uno de los más importantes.

— Lo conozco, monseñor, y sabré corresponder á vuestra confianza, igualmente que á la de S. M. la reina, añadió con sutileza.

El cardenal de Rohán se sonrió y salió turbado, pero lleno de gozo como todo hombre que se arruina en un paraiso de pasión.

Á la mañana siguiente, Bøhmer se dirigió con un semblante muy circunspecto á la embajada de Portugal.

En el momento de llamar á la puerta, Beausire, primer

secretario, estaba tomando sus cuentas á Ducorneau, primer canciller, y don Manoel Souza, el embajador, estaba explicando un nuevo plan de campaña á su socio el ayuda de cámara.

Desde la última visita de Bøhmer á la calle de la Jusienne, el hotel había sufrido muchas transformaciones.

Todo el personal desembarcado, como hemos visto, de los dos coches de alquiler, se había colocado según las exigencias de la situación, confiriéndosele atribuciones diversas que debía desempeñar en la casa del nuevo embajador.

Debemos decir que los socios, al distribirse de ese modo los papeles que desempeñaban admirablemente, y debiendo cambiarlos, tenían ocasión de vigilar por sí mismos sus intereses, cuya circunstancia da siempre un poco de aliento en las tareas más penosas.

Ducorneau, encantado de la inteligencia de todos aquellos criados, se admiraba al mismo tiempo de que el embajador se cuidase bastante poco de las preocupaciones nacionales, para tomar una casa enteramente á la francesa, desde el primer secretario hasta el tercer ayuda de cámara.

Y esto fué lo que le dió motivo para que al verificar las cuentas con Beausire, entablase con éste una conversación sembrada de elogios hacia el jefe de la embajada.

— Ya veis, decía Beausire, los Souzas no son de esos portugueses preocupados á quienes gusta vivir como en el siglo XIV, como veréis muchos en nuestras provincias. No, son unos nobles viajeros, ricos millonarios que serían reyes en alguna parte, si se les antojase.

— Pero parece que no se les antoja, dijo con mucha gracia Ducorneau.

— ¿Y para qué? señor canciller, ¿por ventura con cierto número de millones y un nombre de príncipe, no vale uno tanto como un rey?

— ¡Oh! esas son doctrinas filosóficas, señor secretario, respondió Ducorneau sorprendido; y yo no esperaba ver salir esas máximas de igualdad de la boca de un diplomático.

— Nosotros formamos excepción, repuso Beausire un poco contrariado con su anacronismo; conoce uno su mundo filosófico y las teorías naturales de la desigualdad de las condiciones y las fuerzas.

— ¿Sabéis, exclamó el canciller con énfasis, que es una dicha que Portugal sea un pequeño Estado?

— ¿Y por qué?

— Porque con tales hombres á la cabeza se engrandecería pronto, caballero.

— ¡Oh! vos nos lisonjeáis, querido canciller. No; nosotros hablamos de la política filosófica, y ésta es especiosa pero poco aplicable. Ahora, dejemos esta materia. ¿Conque decís que hay en caja ciento ochocientos mil libras?

— Sí, señor secretario; ciento ochocientos mil libras.

— ¿Y ninguna deuda?

— Ni de un ochavo.

— Es ejemplar. Tened á bien darme la nota.

— Aquí la tenéis. ¿Cuándo se verificará la presentación, señor secretario? Debo deciros que en el barrio esto es una materia de curiosidad y de comentarios interminables, y hasta diría de inquietudes.

— ¡Ah, ah!

— Sí, se ve de vez en cuando rondar alrededor del hotel personas que desearían que la puerta fuese de cristal.

— ¡Personas!... exclamó Beausire; ¿personas del barrio?

— Y otras. ¡Oh! siendo secreta la misión del señor embajador, ya debéis suponer que la policía se ocupará pronto de penetrar sus motivos.

— Yo he pensado lo mismo que vos, dijo Beausire bastante inquieto.

— Mirad, señor secretario, dijo Ducorneau llevando á Beausire á las rejas de una ventana que se abría sobre el lienzo cortado de un pabellón del hotel; mirad, ¿veis en la calle ese hombre que trae un sobretodo obscuro y sucio?

— Sí, le veo.

— ¡Cómo mira! ¡hem!

— En efecto. ¿Quién creéis que sea ese hombre?

— ¿Qué sé yo?... Quizás un espía del señor de Crosne.

— Es probable.

— Aquí para nosotros, señor secretario, el señor de Crosne no es un magistrado del mérito del señor de Sartines. ¿Habéis conocido al señor de Sartines?

— ¡No, señor, no!

— ¡Oh! ese os habría adivinado ya diez veces. Verdad es que tomáis vuestras precauciones...

Resonó la campanilla, y Beausire, á quien la conversación principiaba á incomodar, dijo precipitadamente:

— ¡El señor embajador llama!

Y abriendo con fuerza la puerta, dió con sus dos hojas contra dos socios que, con la pluma en la oreja el uno, y el otro con la escoba en la mano, el uno servidor de cuarta clase, y el otro lacayo, hallaban la conversación larga y querían participar de ella, siquiera no fuese más que con el sentido del oído.

Beausire juzgó que inspiraba sospechas, y se prometió redoblar la vigilancia.

Subió pues al cuarto del embajador, después de haber estrechado en la obscuridad la mano de sus dos amigos y cointeresados.

CAPITULO XII.

EN QUE DUCORNEAU NO COMPRENDE ABSOLUTAMENTE NADA
DE LO QUE PASA.

Don Manoel de Souza estaba menos amarillo que de costumbre, es decir, que estaba más colorado, pues acababa de tener una explicación penosa con el señor comendador ayuda de cámara, explicación que aun no había terminado, porque cuando llegó Beausire, aun estaban los dos gallos arrancándose las últimas plumas.

— Vamos, señor de Beausire, dijo el comendador, ponédnos de acuerdo.

— ¿ En qué ? replicó el secretario tomándose el aire de un juez árbitro, después de haber cambiado una guiñada con el embajador, su aliado natural.

— Ya sabéis, dijo el ayuda de cámara, que Bøhmer debe venir hoy á concluir el negocio del collar.

— Lo sé.

— Y que se le deben pagar cien mil libras.

— Lo sé también.

— Esas cien mil libras son propiedad de la sociedad, ¿no es verdad?

— ¿Quién lo duda?

— ¡ Ah, el señor de Beausire me da la razón ! exclamó el comendador volviéndose hacia don Manoel.

— ¡ Aguardemos, aguardemos ! repuso el portugués, acompañando esta exclamación con un ademán.

— Yo no os doy la razón sino en cuanto al punto de que las cien mil libras son de los socios, dijo Beausire.

— Eso me basta, y yo no pido más. Pues bien ; la caja en que están, no debe hallarse situada en la única oficina de la embajada que está contigua al cuarto del señor embajador.

— ¿ Y por qué ? preguntó Beausire.

— Y el señor embajador, prosiguió el comendador, debe darnos á cada uno una llave de esa caja.

— No tal, dijo el portugués.

— ¿ Por qué razón no ?

— Sí, ¿ por qué razón ? preguntó Beausire.

— Se desconfía de mí, dijo el portugués acariciándose su fresca barba, ¿ por qué no he de desconfiar yo de los demás ? Me parece que si se me puede acusar de robar á la sociedad, puedo yo también sospechar que la sociedad me robe á mí, pues todos somos gente que valemos tanto uno como otro.

— Convengo en ello, dijo el ayuda de cámara, pero precisamente por eso, tenemos todos derechos iguales.

— Entonces, querido señor, si queréis echarla aquí de iguales, habríais debido decidir que cada cual hiciese aquí

por turno el papel de embajador. Eso habría sido quizás menos verosímil á los ojos del público ; pero los socios habrían estado más tranquilos, que es toda la dificultad, ¿ no es eso ?

— Y primeramente, interrumpió Beausire, vos, señor comendador, no obráis como buen cofrade ; ¿ por ventura el señor don Manoel no tiene un privilegio indisputable, el de la invención ?

— ¡ Ah ! cierto es... dijo el embajador, y en este privilegio tiene su parte el señor de Beausire.

— ¡ Oh ! replicó el comendador, una vez está entre manos un negocio, ya no se hace caso de los privilegios.

— Convengo ; pero se sigue haciendo caso de los procedimientos, dijo Beausire.

— No soy yo solo el que hace esta reclamación, murmuró el comendador un poco picado, pues todos nuestros camaradas piensan como yo.

— Y hacen muy mal, replicó el portugués.

— Hacen muy mal, repitió Beausire.

El comendador levantó la cabeza y dijo despechado :

— También he hecho mal en tomar el parecer del señor de Beausire, pues el secretario no podía menos de entenderse con el embajador.

— Señor comendador, replicó Beausire con pasmosa flemma, sois un bribonzuelo á quien arrancaríais las orejas, si las tuvieseis aún ; pero ya os las han recortado demasiadas veces.

— ¿ Qué decís ? dijo el comendador enderezándose.

— Estamos aquí muy tranquilamente en el gabinete del señor embajador, podemos tratar el negocio en familia, y acabáis de insultarme diciéndome que me cambalacheo con don Manoel.

— Y también me habéis insultado á mí, dijo con frialdad el portugués acudiendo al auxilio de Beausire.

— Se trata de dar una satisfacción, señor comendador.

— ¡Oh, yo no soy un Fierabrás! exclamó el ayuda de cámara.

— Demasiado lo veo, replicó Beausire, de consiguiente vais á recibir una buena felpa, comendador.

— ¡Socorro! gritó éste, que estaba ya entre las garras del amante de Oliva y casi ahogado por el portugués.

Pero en el momento en que los dos jefes iban á hacerse justicia, la campanilla de abajo advirtió que entraba una visita.

— Soltémosle, dijo don Manoel.

— Y que desempeñe su oficio, dijo Beausire.

— Ya sabrán los camaradas lo que acaba de pasar, replicó el comendador arreglando su ropa.

— ¡Oh! bien podéis decirles cuanto se os antoje, que ya sabemos lo que hemos de responderles.

— ¡El señor Bœhmer! gritó el suizo desde abajo.

— ¡Eh! ahí tenéis quien pone término á todo, querido comendador, dijo Beausire aplicando un ligero puñetazo sobre la nuca de su adversario.

— No tendremos más disputas sobre las cien mil libras, puesto que van á desaparecer con Bœhmer. ¡Eso es! ¡echáosla de guapo, señor ayuda de cámara!

El comendador salió refunfuñando, y recobró su aspecto humilde para introducir debidamente al joyero de la Corona.

En el intervalo desde su salida hasta la entrada de Bœhmer, Beausire y el portugués habian cambiado una segunda guñada tan significativa como la primera.

Entró Bœhmer seguido de Bossange, y presentando ambos un semblante humilde y pesaroso, sobre cuyo significado no debieron equivocarse los finos observadores de la embajada.

Mientras que tomaban los asientos ofrecidos por Beausire, éste continuaba su investigación y acechaba el ojo de don Manoel para proseguir la correspondencia.

Don Manoel conservaba su aspecto digno y oficial.

En esa ocasión difícil tomó la palabra Bœhmer, que era el hombre de las iniciativas, y dijo que razones políticas de alta importancia le impedían proseguir la negociación principiada.

Don Manoel se indignó.

Beausire exclamó ¡hum!

Bœhmer se sintió cada vez más embarazado.

Don Manoel le hizo observar que el trato estaba concluido, y que se hallaba pronta la suma que debía darse á cuenta.

Bœhmer insistió en la imposibilidad de terminar la venta.

El embajador, sirviéndole de intérprete Beausire, respondió que su gobierno tenia ya ó debía tener conocimiento de la conclusión del contrato, y que el rescindirle era exponer á S. M. portuguesa á una cuasi afrenta.

Bœhmer objetó que habia pesado todas las consecuencias de aquellas reflexiones, pero que le era absolutamente imposible consumir el trato.

Beausire no se decidió á aceptar la rescisión, y declaró netamente á Bœhmer que el desdecirse era propio de un mal negociante, de un hombre sin palabra.

En esto tomó la palabra Bossange para defender el co-

mercio acriminado en su persona y en la de su socio; pero no estuvo elocuente.

Beausire le tapó la boca con estas solas palabras: Lo que hay es que habéis hallado mejor postor.

Los joyeros, que no eran muy fuertes en política, y que tenían un concepto sumamente elevado de la diplomacia en general, y de los diplomáticos en particular, se ruborizaron, creyendo que habían penetrado su secreto.

Beausire vió que había dado en el blanco, y como le interesaba terminar aquel negocio en que esperaba hallar toda una fortuna, fingió que consultaba en portugués á su embajador.

— Señores, dijo después á los joyeros, os han ofrecido una ganancia: nada más natural, pues eso prueba que los diamantes son excelentes. Pues bien; S. M. portuguesa no quiere hacer una compra barata que podría perjudicar á unos negociantes honrados. ¿Hay que ofrecéros cincuenta mil libras más?

Böhmer hizo un signo negativo.

— Cien mil, ciento cincuenta mil, continuó Beausire, resuelto, sin comprometerse, á ofrecer un millón más por ganar su parte del millón y medio de libras.

Deslumbrados los joyeros, estuvieron un momento inquietos: luego, habiéndose consultado:

— No, señor secretario, dijeron á Beausire; no os toméis la molestia de tentarnos; el trato está consumado una voluntad más poderosa que la nuestra nos fuerza á vender el collar en este país. Ya comprenderéis sin duda nuestra posición, y debéis disculparnos; no somos nosotros los que rehusamos, no nos reconvengáis, pues quien se opone es algún más grande que nosotros, y aun que vos.

Beausire y Manoel no tuvieron que responder. Al contrario, hicieron una especie de cumplimiento á los joyeros y trataron de mostrarse indiferentes, haciéndolo tan á lo vivo que no vieron en la antesala al señor comendador ayuda de cámara, ocupado en escuchar á la puerta para saber qué giro llevaba el negocio de que querían excluirle.

Sin embargo este digno socio anduvo muy torpe, porque inclinándose sobre la puerta, resbaló y cayó contra una de sus hojas que resonó fuertemente.

Beausire se lanzó á la antesala y halló al infeliz muy azorado.

— ¿Qué haces tú aquí, desdichado? exclamó Beausire.

— Señor, traía el correo de esta mañana, respondió el comendador.

— ¡Bien! dijo Beausire; retiraos.

Y tomando los pliegos despidió al comendador.

Aquellos pliegos eran la correspondencia de la cancillería: cartas de Portugal ó de España, muy insignificantes en su mayor parte, que formaban el trabajo cotidiano de Ducorneau, pero que, pasando siempre por las manos de Beausire ó de don Manoel antes de ir á la cancillería, habían suministrado ya á los dos jefes útiles noticias sobre los negocios de la embajada.

Al oír los joyeros la palabra pliegos, se levantaron aliviados de un peso, como las personas que acaban de ser despedidas de una audiencia embarazosa.

Se los dejó retirarse, y el ayuda de cámara recibió la orden de acompañarles hasta el patio.

Apenas dejó éste último la escalera, cuando don Manoel y Beausire, dirigiéndose esas miradas que dan presto principio á una acción, se acercaron, y dijo don Manoel:

— Y bien ; el golpe ha marrado.

— Enteramente, dijo Beausire.

— De cien mil libras, robo mediano, nos tocan á cada uno 8,400 libras.

— Cosa que no merece la pena, replicó Beausire.

— Así es ; mientras que ahí en la caja...

Y señalaba la caja tan codiciada por el comendador.

— Ahí en la caja hay ciento ocho mil libras.

— Cincuenta y cuatro mil para cada uno.

— Y bien ; corriente, replicó don Manoel. Repartamos.

— Sea, pero el comendador, ahora que sabe que ha marrado el negocio, va á pegársenos á los talones.

— Voy á buscar un medio de evitarlo, dijo don Manoel con un tono singular.

— Y yo ya he hallado uno, añadió Beausire.

— ¿Cuál es ?

— ¿Va á volver el comendador ?

— Sí.

— Y nos pedirá su parte y la de los otros socios.

— Sin duda.

— Se nos van á echar encima todos lo de casa.

— De seguro.

— Llamemos al comendador como para contarle un secreto, y dejadme obrar.

— Me parece que adivino, dijo don Manoel ; salidle al encuentro.

— Iba á deciros que salieseis vos mismo.

Ninguno de los dos quería dejar á su *amigo* solo con la caja : la confianza es una prenda muy rara.

Don Manoel respondió que su carácter de embajador le impedía dar aquel paso.

— Vos no sois un embajador para él, repuso Beausire ; pero en fin, no importa.

— ¿Entonces vais vos ?

— No ; voy á llamarle por la ventana.

En efecto, Beausire llamó desde la ventana al señor comendador que se disponía ya á entablar conversación con el suizo.

El comendador, viendo que le llamaban, subió, y halló á los dos jefes en el cuarto contiguo al de la caja.

Beausire, dirigiéndose á él con aire risueño, le dijo :

— ¿A qué sé lo que estabais diciendo al suizo ?

— ¿Yo ?

— Sí, le estabais contando que habia fallado el negocio con Boehmer.

— A fe mía que no.

— Mentís.

— ¿Os juro que no !

— Me alegro : porque si hubieseis charlado, habrakis cometido una grandísima majadería y perdido una excelente cantidad de dinero.

— ¿Cómo ? exclamó el comendador sorprendido ; ¿ qué cantidad de dinero ?

— Demasiado sabéis que el secreto está entre nosotros tres.

29899

— Verdad es.

— Y que, de consiguiente, nosotros tres tenemos las ciento ochenta mil libras, puesto que todos creen que se las han llevado Böhmer y Bossange.

— ¡Pardiez, es verdad! exclamó el comendador rebotando de alegría.

— Treinta y tres mil trescientos treinta y tres francos y seis sueldos cada uno, dijo don Manoel.

— ¡Más, más! exclamó el comendador; queda aún un pico de ochenta mil libras.

— Verdad es, dijo Beausire; ¿aceptáis?

— ¿Si acepto? dijo el ayuda de cámara frotándose las manos. ¡Vaya si acepto! Esto me gusta; eso se llama hablar en forma.

— ¡Eso se llama hablar como un bribón! dijo Beausire con atronadora voz. ¡Cuando yo os decía que no erais más que un tunante! Vamos, don Manoel, vos que sois robusto, agarradme á este tuno y entreguémole por lo que es á nuestros socios.

— ¡Gracia, gracia! ¡he querido chancearme! gritó el desdichado.

— ¡Vamos, vamos! prosiguió Beausire, al cuarto obscuro con él hasta más cumplida justicia.

— ¡Gracia! volvió á gritar el comendador.

— Tened cuidado, dijo Beausire á don Manoel que tenia agarrado al pérfido comendador, tened cuidado que Ducorneau no oiga.

— Si no me soltáis, os denunciaré á todos, dijo el comendador.

— Y yo te ahogaré, repuso don Manoel con furiosa voz arrastrando al ayuda de cámara hacia un gabinete de tocador que estaba inmediato.

— Despedid á Ducorneau, dijo al oído de Beausire.

Éste no aguardó á que se lo repitiera; pasó rápidamente al cuarto contiguo al del embajador, mientras que este último encerraba al comendador dentro de aquel solitario calabozo.

Pasó un minuto, y Beausire no volvía.

En este intermedio se ocurrió una idea á don Manoel; se veía solo, la caja se hallaba á diez pasos; para abrirla, recoger las ciento ochenta mil libras en billetes, lanzarse por una ventana y escabullirse con la presa á través del jardín, bastaban dos minutos á todo ladrón bien organizado.

Don Manoel calculó que Beausire, entre despedir á Ducorneau y volver al cuarto, perdería á lo menos cinco minutos.

Lanzóse á la puerta del cuarto donde estaba la caja: la puerta estaba cerrada con cerrojo; don Manoel era robusto y diestro, y capaz de abrir la puerta de una ciudad con la llave de un reloj.

— Beausire ha desconfiado de mí, pensó, porque yo solo tengo la llave; ha echado el cerrojo; eso es.

Y con su espada hizo saltar el cerrojo.

Llegó sobre la caja, y lanzó un grito terrible. La caja abría una boca ancha y desmueblada. ¡Nada había en su interior!

Beausire, que tenía una segunda llave, había entrado por la otra puerta y se había arrebañado la suma.

Don Manoel corrió como un loco hasta la garita del suizo, á quien halló cantando.

Beausire le llevaba cinco minutos de delantera.

Cuando el portugués, con sus gritos y lamentos, enteró á todo el hotel de la aventura; cuando puso al comendador

en libertad para apoyarse en un testimonio, no halló más que incrédulos y furiosos.

Le acusaron de haber urdido aquel complot con Beausire, el cual corría delante de él con la mitad del robo.

Se acabaron las máscaras, nada de misterios ya: el honrado Ducorneau no atinaba con que gentes se hallaba ligado.

Estuvo á punto de desmayarse al ver aquellos diplomáticos prepararse para colgar bajo un corbetizo á don Manoel que se hallaba ya sin fuerzas...

— ¡Colgar al señor de Souza!... gritaba el canciller.
¡Cuidado, señores, que es un crimen de lesa majestad!

Tomaron el partido de encerrarlo en una bodega, porque gritaba demasiado fuerte.

En ese momento tres golpes dados solemnemente á la puerta hicieron estremecerse á los socios, quienes guardaron silencio.

Repitiéronse los tres golpes, luego una voz chillona gritó en portugués:

— ¡Abrid en nombre del señor embajador de Portugal!

— ¡El embajador! murmuraron todos aquellos tunantes esparramándose por todo el hotel: los unos corrieron á los jardines, otros saltaron por las paredes de la vecindad y por los tejados, de manera que fué un sálvese quien pueda, un barullo.

El verdadero embajador, que acababa de llegar efectivamente, no pudo entrar en su casa sino con el auxilio de arqueros de policía que derribaron la puerta, en presencia de un gentío inmenso atraído por aquel curioso espectáculo.

En seguida se echó mano de cuantos allí se encontraron,

y se arrestó á Ducorneau, que fué conducido al Chatelet, donde durmió.

De ese modo terminó la aventura de la falsa embajada de Portugal.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO H. YES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO